

también una pulcra edición madrileña: "Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y yo no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española) nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo objeto labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común ni la obra de la contemplación común,— convéngase en que, la emoción histórica es parte de la vida actual, y sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz. El poeta ve, al reverberar de la luna en la nieve de los volcanes, recortarse sobre el cielo el espectro de Doña Marina, acosada por la sombra del Flechador de Estrellas; o sueña con el hacha de cobre en cuyo filo descansa el cielo; o piensa que escucha, en el descampado, el llanto funesto de los mellizos que la diosa vestida de blanco lleva a las espaldas; no le neguemos la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si esa tradición nos fuere ajena, está en nuestras manos, a lo menos, y solo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —oh, Keats— a ningún objeto de belleza, engendradora de eternos goces".

Así escribía Alfonso Reyes en el Madrid de 1915. La carta de Julio Torri le ha resucitado el episodio de Juan Peña en plena calle de Alcalá. Y, gracias a esa carta, nosotros hemos escuchado un relato que no se olvida nunca con la misma sencillez del que, sentado a la mesa mejicana, asiste al interesante momento en que "el tónico del picante y los platos calientes excitan nuestro buen humor".

Roberto MEZA FUENTES.

*El Mercurio*, Santiago de Chile,

15 de marzo, 1931.

## NOTAS DE UN LECTOR

*Discurso por Virgilio*

"Tu duca, tu signore, tu maestro".

Con la bochornosa inopia espiritual de un pueblo que ha perdido por completo el sentido de la cultura clásica, deslizóse entre nosotros el segundo milenario de Virgilio. Ahora, desde la paradisíaca bahía de Riojaneiro, nos llega, como eco de aquella gran solemnidad de la cultura universal, inadvertida en España, el breve libro del mejicano Alfonso Reyes (*Contemporáneos*. México, 1931), cuyo título queda arriba estampado. Es un discurso, no sé si en alguna parte pronunciado, cada uno de cuyos párrafos, preñados de sentido, abre ante nosotros amplias perspectivas hacia los más inesperados horizontes del pensamiento contemporáneo.

En Madrid, y en sus centros de estudios eruditos y tertulias literarias, es inolvidable la figura y personalidad de Alfonso Reyes, que después de pasar en nuestra villa largos años de trabajos, en tiempo de desdichas políticas en su patria, soportadas siempre con ejemplar ecuanimidad y alegría, salió de nuestro mundillo, con el cual se había connaturalizado, para ocupar altos puestos en la diplomacia de su nación: embajador en París, en Buenos Aires, en Río . . . Con fraternal afecto, subsiste viva entre nosotros la memoria de aquel risueño idolillo azteca, tan agudo de mirada como romo de narices, indeciblemente agudo, activo, despierto, todo bondad y simpatías, que sabía extraer una burlita de cada una de las adversidades que la suerte se complacía en lanzar contra él, en medio de las cuales jamás perdía la serena elevación de su ánimo. Se han sentido amigos suyos cuantos le han tropezado.

Con periodicidad, cada tantos meses, las incontables amistades que ha ido creando por uno y otro continente reciben ahora una

hojilla rotulada *Monterrey* por razones cordiales (Monterrey es la ciudad natal del señor embajador), publicación íntima —si tales palabras pueden maridarse—, que viene a ser “un boletín de noticias de trabajo, casi una carta circular, un correo literario”, en el que el gran sembrador de afectos y catador de libros esparce entre sus relaciones noticias de sus actividades espirituales y mantiene despierta una comunión de puros intereses y emociones a través de leguas y leguas de tierras y de mares.

A veces recíbese también algún volumen, preciosamente editado, escaso de páginas y rico de sentido, que contiene versos, relatos, acaso una tragedia (el último, *El testimonio de Juan Peña*, Ríoja-neiro, 1930), en el cual se manifiesta siempre el hirviente palpitar de una de las sensibilidades más selectas de nuestras letras de hoy, verdadera golosina literaria y bibliográfica, llamada a ser desesperación de los eruditos y bibliófilos del porvenir. Desde esos librillos, Alfonso Reyes, erudito y bibliófilo meritísimo, háceles una afectuosa mueca de burla a sus sucesores en tales oficios.

La personalidad literaria de Alfonso Reyes, cazador infatigable por los montes del saber, es singular y compleja como muy pocas; fúndese en él un experto investigador de historia literaria, que al lado del señor Menéndez Pidal ha dejado inolvidables trabajos en las páginas de la *Revista de Filología Española*, con un poeta sutil, de sensibilidad novísima; un gran conocedor de las más modernas literaturas europeas con un pensador personal y penetrante. En el Centro de Estudios Históricos no había en su generación otro caso comparable; hay que venir a los discípulos más jóvenes de Pidal, a Pedro Salinas, Dámaso Alonso, etcétera, para encontrar espíritus análogos; fué el gran precursor de todos ellos.

Estos días, después de un nuevo número de *Monterrey* (julio de 1931) —al tratar de Alfonso Reyes todos sentimos anhelo de exactitud—, nos trae el correo de América este *Discurso por Virgilio*, cuyas páginas vierten de sí el más intenso y moderno humanismo que hemos llegado a ver en cuanto leímos acerca del vate

mantuano en la ocasión recién pasada. Un humanismo de 1930 y mejicano, totalmente al día en cuanto a cronología y geografía. Comienza Alfonso Reyes afirmando que su discurso es “un acto de latinidad. Se trata de una afirmación consciente, precisa y autorizada sobre el sentido que debe regir nuestra alta política y sobre nuestra adhesión decisiva a determinadas formas de civilización, a determinada jerarquía de los valores morales, a determinada manera de interpretar la vida y la muerte”. Pero lo que él dice respecto de su mundo mejicano es, sin quitar tilde, aplicable a nuestra España al día.

En nuestra enseñanza española, empapada de la más chavacana frivolidad y el más ramplón utilitarismo, se han perdido también los latines. El latín era y sigue siendo cosa de curas, carraspeo de seminario, eructos canónicos en el coro; sabe Dios cuánto tiempo hace que las generaciones escolares españolas salen de la segunda enseñanza sin poder leer “a libro abierto” un texto del Lacio, y ésa es una falta en nuestra educación nacional que causa incalculables daños colectivos y que apenas en casos individuales y por excepción puede ser después remediada. Todo espíritu que en sus años de formación no haya podido aspirar en el propio cáliz de los auténticos textos, siquiera latinos, la fragancia del saber y del sentir de la antigüedad queda para siempre privado del más alto elemento educador que nuestro mundo occidental supo crear. Los autores romanos (y mejor los griegos) son para siempre los eternos maestros de la juventud de nuestras razas, y quien no se haya acercado a ellos en edad conveniente tendrá bastedades y ordinarieces en su espíritu, que ningún barniz acertará a disimular. Tales obras son los “buenos pañales” en que tiene que criarse toda mentalidad selecta. Urgente es, por lo tanto, que en nuestra Segunda Enseñanza, en nuestra Universidad, tornen a organizarse esos estudios, hasta ahora tan olvidados, y no vuelva a haber bachilleres incapaces de traducir una inscripción latina, ni doctores en Letras para quien sea chinería un texto griego. Claro que, sobre todo en la Universidad, las cosas han ido mejorando en los últimos decenios, y

ya no se da la miseria de aquellas Facultades de Filosofía y Letras de fin de siglo XIX.

Alfonso Reyes va examinando la atmósfera de elevación y nobleza, sin gritos, ñoñerías ni afectaciones, que infunde la lectura de Virgilio en juveniles ánimos. "Alimento de hombres, hierro para varoniles templanzas, donde hay también ocasión a las caricias del sentimiento y también lágrimas para los dolores; heroicidad de talla humana y senda medida a nuestro paso". Observa después que "con razón Virgilio parece siempre y para los hombres de todas las tierras una voz de la patria". "Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva —para todos los pueblos— el espíritu nacional".

En el canto VI del *Purgatorio*, al abrazarse "*il dolce Duca*" de Dante con la sombra de Sardello, doblemente hermano suyo por trovador y mantuano, surge en magnos tercetos de bronce, inmortales y duros, la invocación a la unidad de Italia, que hasta nuestros días no había de ser realizada. "Dotar a los niños con Virgilio —sigue diciendo Alfonso Reyes— es alimentarlos con médulas de león. Y considérese que, todavía encima, tenemos la suerte de que la lengua de Virgilio esté en el origen de nuestra lengua, y que cada palabra suya excite, como en su centro y por el cordón del ombligo, cada una de las palabras nuestras, aumentando así su peso de significación, su eficacia connotativa, sus calorías de aliento espiritual. ¿No es este alimento, no es este vaho nutricio de la etimología, este sustentarse con las raíces de las palabras, substrato de las experiencias mentales de toda una civilización y carga, presa como en cápsulas explosivas, de toda la historia espiritual de una familia étnica, lo que Fichte, inspirado en Herder, proponía en sus *Discursos a la nación alemana* como disciplina y ejercicio de la dilatación patriótica?"

Pero al propio tiempo, y aun más intensamente, estos grandes autores griegos y latinos infunden en los jóvenes espíritus la sensación de la permanencia, de la universalidad, la unidad y firmeza de

la cultura humana. El maquinismo progresista del día nos trueca en bárbaros que "desprecian cuanto ignoran" y creen que el hombre nació a vida digna de ser tomada en consideración en el momento de ser logrado tal o cual progreso material. No hay cosa más triste que el salvaje contemporáneo cabalgando los cuarenta caballos desenfrenados de su automóvil, máquina que le llena de orgullo, aunque él no haya colaborado en nada a su invención, y desdeñando los eternos valores fundamentales de la vida. Sólo la educación clásica puede enseñarnos a medir las cosas humanas con una escala auténticamente digna del hombre y a tasar cada una por su justiprecio. Y si valoramos con justicia, volverán a los pedestales de que nunca deberían de haber sido derrocadas las nobles deidades, protectoras de la existencia del hombre, tan desconocidas en esta torva y turbia época de evolución y cambio. Esos grandes guías humanos iluminarán de nuevo los paisajes sociales con una luz que permita ver diferencias de categoría y magnitud, poniendo cada objeto en su debido punto de significación e importancia.

Hoy, como hace dos mil años, las ciudades son seres monstruosos que atraen a sí y absorben la población de los campos; hoy, como hace dos mil años, nada puede ser más útil que predicar a la humanidad el "menosprecio de corte y alabanza de aldea". En una sencilla vida rural, en complacerse en los simples goces de la existencia campesina, puede estar un gran remedio contra los males que amenazan destrozarnos nuestra civilización contemporánea. La vuelta a la tierra puede aliviarnos de muchos de nuestros daños. Virgilio es gran maestro de ello. Sin olvidar ninguno de los refinamientos de la sociedad que le rodeaba en el palacio de Augusto o en el de Mecenas, gózase en cantar una limitada existencia aldeana no como gran señor rural rodeado de esclavos, sino como pequeño labrador que trabaja por sus manos su agro. En este vivir simple y activo, a lo largo de las diversas estaciones del año y de lo que cada una de ellas trae y exige, encuentra auténticas hermosuras, que sin fingimientos ni sensiblerías va alabando; cada

faena, cada jornada de labor es fuente de poesía. Virgilio nos lleva de la mano a los campos, como a Dante a través del infierno y purgatorio; nos da la suprema lección (en general tan poco aprendida y cultivada) de apreciar la espiritualidad y belleza de las más sencillas impresiones naturales. No necesita complejas y quintaesenciadas sensaciones para lograr una dicha que siempre huye de quien vive para buscarla; los motivos más ingenuos son origen inextinguible de felicidad. Complácese en las espontáneas bellezas de la tierra y educa a nuestros ojos para que aprendan a gozarlas. De cuantas funciones puede ejercer el artista sobre el espíritu humano, acaso no haya ninguna más insigne que ésta: enseñarnos a descubrir la inmortal vena de oro que se esconde en las cosas al parecer más humildes y vulgares. Dentro de su ultraalquitarado preciosismo, este poeta cortesano enlaza con el santo entusiasmo ante la gloria de Dios, manifiesta en sus criaturas más sencillas, que hace prorrumpir a Francisco en los eternos balbuceos de su *Cántico de alabanzas*.

Ramón MARÍA TENREIRO.

*El Sol*, Madrid,

30 de agosto de 1931.

## LES ACTIVITÉS D'ALFONSO REYES

*Lettres Hispaniques.*

Alfonso Reyes est certainement un des plus grandes poètes du Mexique actuel et il occupe, dans la littérature de langue espagnole, une place de premier plan. Car il est, en outre, un érudit infailible (on lui doit des études remarquables sur Góngora et l'établissement de quelques éditions *ne varietur* d'auteurs classiques), un chroniqueur d'une ingéniosité surprenante, un conteur émouvant. Mais il peut être tout cela parce que, justement, il est, avant tout, un poète. Et un poète comme nous l'entendons volontiers aujourd'hui, et comme, pour ma part, j'ai toujours pressenti qu'on dût l'entendre, c'est-à-dire un esprit pour lequel le lyrisme ne se borne pas à l'expression proprement versifiée, mais se répand en quelque sorte dans toutes les manifestations de la vie. Si vous voulez, considérons la poésie comme un esprit qui s'incarne dans n'importe quel corps. Et, de même qu'il peut y avoir une âme merveilleuse dans une carcasse d'avorton, la poésie, se moquant des formes et des formules, anime à volonté une page choisie dans n'importe quel genre. Ainsi une phrase d'un simple article de journal peut ruisseler du plus pur lyrisme, alors qu'un grand poème de cent pages, absolument en règle avec toutes les prescriptions de la prosodie, ne sera qu'une machine morte et sans intérêt.

Alfonso Reyes est une des illustrations les plus frappantes de cette nouvelle théorie. Il ne le fait pas exprès. C'est chez lui une chose toute naturelle. Il écrit n'importe quoi, poussé par l'inspiration ou, parfois, par une nécessité extérieure, un programme imposé, et cela devient une chose poétique.

Comment s'y prend-il? Je serai bien embarrassé de vous l'expliquer. Il y a, dans tout ce que produit cet auteur extraordinairement subtil, un charme insaisissable . . . On a beau le lire avec une extrême attention, on ne surprend jamais l'instant où il a, lui, chan-

té la note qui, un peu plus tard, vous émeut, ou vous bouleverse. Et rien de tout cela n'est voulu. Il y a chez Reyes une grande nonchalance, un abandon comme seuls peuvent s'en permettre de parfaits artistes. Il improvise, en quelque sorte. Mais il y a je ne sais quelle sorcellerie dans ces improvisations.

Dans ces conditions, il est impossible qu'Alfonso Reyes se prive du plaisir d'écrire tout ce qui lui passe par la tête. Et en effet, c'est ce qu'il fait. Il accepte avec complaisance toutes sortes de tâches qu'on lui propose, comme ce *Discours sur Virgile (Contemporaneos, Mexico)* qu'il a rédigé à l'occasion des fêtes du second millénaire du grand poète latin. En même temps, il poursuit (entreprise depuis deux ans), la publication d'un courrier littéraire: *Monterrey*, qu'il rédige entièrement seul, et que, tout en suivant de près l'actualité, il maintient sur un plan très élevé et en quelque manière classique. De toutes les entreprises de ce genre, c'est certainement la plus réussie: parce que Reyes est un homme d'une culture quasi bénédictine, et qu'en même temps il est resté ingénu comme un enfant, avec cet infailible bon sens que donne l'ingénuité...

A ce jeune homme charmant (lui-même poète, et de talent) qui s'appelle Manuel Altolaguirre, et qui éditait récemment, à Paris (Éditions de *Poesía*), de précieux petits livres qu'il imprimait lui-même à la presse à bras, il a donné une plaquette: 5 *Casi sonetos*. On n'imagine rien de plus bref, mais de plus intenses. Un véritable extrait de pure poésie:

De pareils soirs: quand vous ai-je donc respirés?  
Cheveux au vent, humides du bain;  
Odeur de femme, fraîcheur de gorge,  
Printemps tout entier devenu de fleur et d'eau.

La grille s'ouvrit, et nous partimes à cheval,  
Le ciel était une chanson, la campagne une caresse,  
Et la promesse de la pluie marchait  
Vive et joyeuse sur les hautes cimes.

Chaque feuille tremblait et elle était à moi,  
Et toi aussi, secouée de peur

Parmi les pressentiments et les éclairs.

Au milieu des nuages palpitaient les étoiles,  
Et la pulsation de la terre nous arrivait  
A travers le galop léger du cheval.

Comme il est ambassadeur du Mexique à Rio de Janeiro (après avoir occupé, pour notre plus grand plaisir, le poste de ministre à Paris) c'est une imprimerie brésilienne (Officinas Graphicas Villas Boas, Rio de Janeiro) qui a édité les deux dernières oeuvres d'Alfonso Reyes: *El testimonio de Juan Peña* (avec trois dessins de Manuel Rodríguez Lozano) et *La Saeta* (avec des dessins de José Moreno Villa). Ce sont là deux petits chefs-d'oeuvre. Mais *La Saeta* surtout, et toujours avec ce charme inanalysable, cet enchantement mystérieux et secret qui semble bien la caractéristique de notre auteur.

Le sujet tient en quelques lignes. Un voyageur, à Séville, pendant la Semaine Sainte, cherche à entendre chanter une authentique *saeta*. On appelle ainsi certaines chansons religieuses, très courtes et chargées de passion et de peine, que chantent, paraît-il, des gens du peuple et des gitans, mais dont la tradition s'est perdue. Elles s'enfoncent en nous comme des flèches (*saetas*). Malgré son obstination, et ses errances à travers la vieille ville, il n'y parvient pas. Personne ne chante plus de véritables *saetas*. Enfin, un jour, et comme il en désespère:

“... Mais, qu'est-ce qu'on entend, Maître Falla, à côté du pont de Triana, célébrant le paso del Cachorro? C'est une ancienne, une vraie *saeta*. La chanteuse est une vieille gitane. Elle est à genoux, les bras en croix: on dirait qu'elle a tout oublié. Sourde créature de la terre, elle a jailli maladroitement, comme d'une grotte secrète, de quelque ruelle de Triana où elle loge, parce qu'elle n'a pas d'autre abri au monde. Son métier est de marauder un peu — elle est honnête, la pauvre — et un peu aussi de rempailler les chaises, travail qu'on lui paie de mauvaise grâce. Il y a quelque temps, elle a fait don de ses tresses à la Vierge de l'Espérance, et c'est pourquoi elle porte cette toison courte et hirsute. Elle s'est ouvert de

force un passage parmi la foule. Et la voici, misérable guenille transfigurés en séraphin de chansons, et qui semble avoir tout oublié. Elle nous dit qu'elle chante la véritable saeta d'autrefois; que ce qu'on entende aujourd'hui c'est une blague, "zon zátira, zeño (des satires, monsieur) —ainsi s'exprime-t-elle en son pittoresque langage—; qu'il n'y a qu'elle, à Séville, pour savoir ce qu'il faut dire au Christ et a la Vierge; et que, quand elle voit venir le Cachorro dans les processions, alors elle tombe à genoux malgré elle, et qu'il se met à sortir d'elle des saetas, sans qu'elle sache ce qu'elle fait, parce qu'elle oublié tout alors: choses et gens".

Ces trois plaquettes si riches de lyrisme et d'intérêt humain, ce courrier littéraire si bien tenu à jour, ce discours sur Virgile, tels sont les témoignages de l'activité d'Alfonso Reyes pour cette seule année 1931. L'auteur de *Anáhuac* et du *Plan Oblicue* peut être satisfait. Pour nous, qui l'admirons et qui l'aimons, il est une preuve, précieuse, d'une vérité que nous avons toujours crue: c'est que, seuls, les nonchalants savent travailler, quand ils le veulent, je veux dire quand l'esprit les pousse.

Francis de MIOMANDRE.

*L'Esprit Français*, París,

noviembre de 1931.

### EL CORREO LITERARIO DE ALFONSO REYES

Ni los quehaceres diplomáticos, que lo llevaron de Madrid a París, de París a Buenos Aires, de Buenos Aires a Ríojaneiro; ni el tiempo, ni la distancia, interrumpen la comunicación de Alfonso Reyes con sus amigos, con sus lectores. El embajador de Méjico en el Brasil, que dejó a su paso por España tan íntimos lazos de afecto, hace llegar a los suyos, y él sabe bien quiénes son, aunque acaso no mida en toda su intensidad hasta qué punto lo recuerdan y esperan. El español no es dado a escribir. Cuando tiene que escribir, por oficio, lo que da al público, otro tanto resta a la comunicación amistosa privada. El epistolario español es harto pobre en comparación con el de casi todos los países literarios. Por eso las cartas que lo forman, a poco valor que tengan, suben de estimación, porque la escasez hace en ellas de mérito.

Alfonso Reyes ha querido, de un solo trazo, comunicarse con todos los que lo escuchan, y ha inventado una "correspondencia literaria" con fecha por ahora en Ríojaneiro, pero con un título que encabeza cada número con el nombre de su ciudad natal: *Monterrey*.

¿Temas de *Monterrey*? Todos los que caben en una revista literaria tan unipersonal como puede serlo la de un hombre solicitado por curiosidades infinitas en esa materia. Asuntos de Méjico: Ruiz de Alarcón, sor Juana, Gorostiza, Nervo, el romántico Aurelio Luis Gallardo; y no sólo estos temas en grande, sino la más breve, la más leve alusión en el libro leído, en el periódico hojeado, tocante a Nueva España. Luego, las figuras a que Reyes rinde culto: Góngora en primer término. Sección fija de estos números, publicados sin sujeción a períodos inflexibles, es un *Boletín Gongorino*; Proust tiene su parte, y no le falta su rincón a Valéry, de cuyo *Cementerio marino* se hace un análisis, so pretexto de las versiones españolas, más cercano y agudo de lo que dejaría suponer el pretexto.